

— Ni las brujas, — añadió un soldado que acertaba á pasar en aquel momento.

— Sin embargo, — insistió la buena mujer, — me interesa hablarle.

— Eh! fuera! — dijo el centinela empujando á Marta que probaba á entrar.

— Aquí no se pasa. Si teneis que verle, aguardad á que salga.

— Y cuando saldrá?

— Qué se yo! hoy ó mañana ó hasta dentro de ocho dias quizá.

— Bueno, — dijo la resignada anciana, — le esperaré.

Y con una calma que no dejaba de tener algo de dignidad, sentóse en una piedra que habia arrimada junto al muro, dispuesta á esperar aun cuando tuviese que estarse allí hasta la consumacion de los siglos.

### VIII.

#### A LA LUZ DE LA LUNA!

AQUELLA misma tarde, el duque de Arévalo oyó llamar á la puerta de su estancia, donde se habia retirado desde la escena de la noche anterior, y donde habia siempre permanecido, presa de una estraña alucinacion, de un singular delirio, perseguido por una idea fija, sin poder arrancarse del alma, cual si allí se las hubieran marcado con un hierro ardiente, las palabras de perdon, salidas entre el estertor de la agonía, de los labios cárdenos del paje.

Diera orden que no queria ver á nadie, ni aun á Martin, y que por nada se le interrumpiera. Así es que al oír llamar, frunció coléricamente sus cejas.

— Quién va? — preguntó imprimiendo á su voz un tinte de desagrado.

— Jorge, — contestó desde fuera el montero.

— Ah! — exclamó el de Arévalo, que habia olvidado y á quien la voz sola del montero le devolvió su frenesí por la caza recordándole sus últimas órdenes.

Y se apresuró á descorrer el cerrojo que sujetaba la entallada puerta. Jorge apareció respetuoso en el dintel.

— Qué hay? — preguntó el duque.

— Señor, se la ha visto, — exclamó el montero.

— Ah! se la ha visto!

— Sí señor.

— Es la misma jabalina?

— La misma.

— Dónde?

— En el Pinar negro, á la izquierda y á cuatro leguas de la aldea que se levanta al pié del castillo.

— Y crees que estará todavía?

— Sin duda. Estaba muy fatigada, y luego, se la ha cercado de manera que le sea imposible escaparse.

— Oh! entónces á caballo todo el mundo, que toquen los cuernos llamando á la jauria, que se disponga todo; dentro de un cuarto de hora, en marcha!

— Pero, señor, la tarde va á caer y antes de dos horas es ya de noche.

— No importa. Si está muy oscuro pegaremos fuego al bosque para ver mejor. A caballo todos y en seguida! No quiero retardar de un minuto el placer de dar caza á esa condenada jabalina.

Tal era el duque de Arévalo. El entusiasmo de la caza le arrastraba, y en satisfacer este gusto lo cifraba todo. Ya no se acordaba entonces ni de la sangrienta escena de la víspera, ni del paje asesinado, ni de su esposa moribunda. Todo habia desaparecido á su vista.

No tardó en presentarse en el patio con todos los arreos de caza, pero por prisa que se diera, ya todos estaban en su puesto aguardándole. Era el duque demasiado temido para que dejasen de ejecutarse sus menores órdenes con la rapidez del rayo. Paseó pues una mirada de satisfaccion por las filas de sus monteros y picadores, acarició á dos ó tres de sus perros mas famosos y, despues de haber estado un momento como buscando con la vista á alguno, se volvió hácia Jorge:

—Y Martin? —le preguntó.

—Hame encargado decir á vuesa señoría que nos alcanzaría antes que llegásemos al Pinar negro.

El duque frunció las cejas que era la manera en él habitual de manifestar su desagrado.

Sin embargo, no dijo nada y montando á caballo dió la voz de marcha precipitándose el primero hácia la puerta.

Allí se encontró á Marta, á Marta que levantándose, al verle salir, de la piedra donde desde por la mañana estaba sentada, se irguió ante él como una sombra.

Al ver el duque á aquella muger cubierta de harapos que se adelantaba hácia él, ladeó su caballo para pasar adelante:

—Señor.... —dijo la anciana.

—Qué me quiere esa bruja? —esclamó el de Arévalo mirándola de soslayo.

—Señor, me conviene hablaros. Soy....

—Bueno, bueno, ya me lo dirás otro momento. Ahora no puedo detenerme. Adelante!

Y el duque dió de espuelas á su caballo que se precipitó por la esplanada disparado como una saeta. Monteros, picadores, escuderos y jauría todos se lanzaron como un torrente desbordado tras su noble señor, faltando poco como no pasaron por encima del cuerpo de Marta.

Cuando aquella especie de avalancha hubo cruzado envuelta entre una nube de polvo por delante de la anciana, esta se dirigió al centinela.

—Acostumbra á pasar mucho tiempo en la caza el noble duque? le preguntó.

—Oh! á veces tarda en regresar seis dias, —le contestó el soldado.

—Pues entonces le seguiré, —esclamó como hablándose á sí misma la pobre Marta. — Yo no puedo esperar. He de verle hoy mismo.

Y confiándose á sus piés empezó á correr tras la desatada y bulliciosa turba que se dirigía hácia la izquierda de la aldea.

—Oh! le alcanzaré, le alcanzaré, —murmuraba la anciana sin dejar de correr, — y le obligaré á escucharme!

En el interin, otra escena de bien distinta especie tenia lugar en el castillo y preciso es que dejemos de seguir al duque y á la pobre vieja que corría acelerada á sus alcances, para volver nuestras miradas hácia la heroina de esta historia á la que perdimos de vista en el instante en que la transportaban sin sentido á su estancia.

Mas de tres horas permaneció sin volver en sí, sometida al influjo de un síncope que podia ser mortal y entregada al cuidado de dos de sus damas.

Poco á poco la vida volvió á su corazón, sus sienas empezaron á recobrar cierto calor, y, abriéndose lentamente sus ojos, pasearon una mirada fija y errante, una mirada imbecil por la estancia, pero una mirada tal de atonía y estrañeza, que asustadas las mujeres que la cuidaban, abandonaron la habitacion dejando sola á Leonor.

Esta se incorporó entonces y aplicó sus manos á su frente como si de reunir tratara sus recuerdos. A fuerza de sentir, la pobre mujer se habia hecho insensible. Espesas sombras cubrian su imaginacion, y su pensamiento rodaba entre un caos de vapores, como en una noche de tormenta rueda la luna entre las nubes.

Bajó de su lecho, se acercó á una de las ventanas de su estancia y allí permaneció asomada toda la noche dejando errar su vista por el cielo, por las murallas, por la esplanada del castillo, por las llanuras inmediatas y por las montañas que en el fondo y á la luz de la luna dibujaban en un horizonte de azur sus dentelladas crestas. La jóven condesa ni tenia siquiera el sentimiento de lo que le pasaba.

La conmocion violenta que habia sufrido despues de tantas conmociones como las que habian destrozado su corazón, influyera en ella terriblemente. Sin haberse vuelto loca, se hallaba en un estado muy cercano de la imbecilidad.

Era una cosa horrible, espantosa, ver á aquella pobre mujer, en la primavera de sus dias y de su belleza, sucumbir pálida y desfigurada al peso insostenible del dolor, del dolor que habia ido gastando una á una las fibras de su alma, como el bardo dinamarqués al vestirse de luto por la muerte de su amada fué rompiendo una á una las cuerdas de su harpa.

El viento fresco de la noche se estrellaba en su frente sin arrancarle un rayo de inteligencia, su mirada vagaba fria por el espacio sin que dejara brotar una chispa, su corazón permanecia mudo á los encantos de la naturaleza sin exhalar un consolador suspiro.

Así como allá, á la otra parte de los mares, en lejanas comarcas, pasa á veces una ráfaga que arrancando árboles y plantas rasura una llanura y la convierte en una sábana de esteril arena, así una ráfaga habia pasado por el alma de Leonor llevándose, envueltas en sus pliegues, sus ilusiones, sus sueños, su felicidad, su vida.

El naciente crepúsculo al dar á la naturaleza toda la suave palidez de la

jóven desposada que amante despierta en un lecho de flores, la halló todavía asomada á la ventana como á Julieta despues de una eterna noche en vela transcurrida en aguardar á su amante, ó mejor aun como á Ofelia buscando con la vista las flores mas blancas y mas pálidas para tejer su última guirnalda.

No nos detendremos á pintar toda la inmensidad de dolor y amargura que habia en aquella mujer; demasiado se comprende, demasiado se adivina. Hay veces en que al escritor le basta perfilar solo una doliente figura, como un pintor bosqueja en el fondo de un cuadro un ángel que vaga perdido entre la poesía de un nebuloso horizonte. A mas, los acontecimientos de esta historia marchan rápidamente á su desenlace, y esto nos impide ser demasiado minuciosos en detalles.

Solo una vez la mirada errante de Leonor pareció fijarse en un punto y cobrar aunque momentáneamente cierta vida y sobre todo cierta intelijencia superior á su estado. Desde la ventana á que se hallaba asomada, veia el glasis del castillo, el camino de hayas, la aldea en que habia corrido juguetona la infancia del paje Sancho.

Tendido en la esplanada se hallaba el cuerpo de un hombre y á su alrededor se agitaban estraños pájaros batiendo sus alas y dando agudos chillidos. De cuando en cuando algun matinal transeunte se detenia, arrojaba una mirada de piedad al cadáver y seguia apresurado su camino atreviéndose solo á volver alguna que otra vez un rostro en que se pintaban el terror y la compasion.

Adelantada estaba ya la mañana, cuando una mujer, una anciana que parecia llegar de la aldea, se acercó al punto donde tenia fijas las miradas la joven, reconoció el cadaver, cargóselo sobre sus hombros y volvió á emprender el camino que habia seguido llegando á la poblacion y entrando en un cercado sobre cuya puerta se alzaba una gran cruz negra, como si de revelar tratara que era aquella la mansion de los muertos.

Leonor habia seguido toda esta escena con una mirada fria como la hoja de un puñal, pero maquinalmente, como impelida por un resorte superior á sus fuerzas; con cierta intelijencia vaga, incomprensible, vaporosa, pero sin poderse dar cuenta de nada, insensible á todo, á todo muda.

Cuando la anciana y el cadaver hubieron desaparecido cual si se los hubiese tragado á entrambos la abierta boca del cementerio, la condesa se retiró de la ventana y se dejó caer en un sitial llevando la mano á su frente.

Por vez primera, desde la escena terrible del subterráneo, se habia estremecido. No se estremece á veces el lirio en el valle cuando siente pasar preñada de fuego una ráfaga estival?...

El dia transcurrió como habia transcurrido la noche. La misma inmovilidad, la misma admósfera de plomo en torno á la jóven, el mismo silencio, el mismo espantoso silencio por su parte.

Todas las preguntas que se hicieron á la condesa quedaron sin respuesta. Para nada se desplegaron sus labios, solo alguna vez abrió su boca y dejó escapar un sonido ronco, indefinible, algo como el grito de un mudo.

Por la tarde un hombre entró resueltamente en la estancia, echó el cerrojo á la puerta luego que estuvo dentro y se adelantó hácia Leonor.

Era Martin.

Martin con su mirada de hiena, con su rostro de sátiro.

Leonor no hizo movimiento alguno, y el antiguo palafrenero se detuvo á dos pasos de ella asombrado ante la espresion suprema del dolor que aparecia pintada en aquel rostro como el sello imborrable del anatema celeste apareciera un dia marcado para siempre en la frente de la raza errante.

Martin dobló una rodilla en el suelo.

— Señora, — dijo endulzando su voz todo lo que le fué posible.

La condesa se estremeció al son agrio y bien conocido de aquella voz, pero no se movió.

— Señora, — continuó Martin sin mirarla, — vengo á pedir os humildemente perdon por todos los dolores que os he causado, por todo el mal que os he hecho.

Leonor se calló.

— Si supierais, señora! — prosiguió el osado servidor que en tan humilde postura demandaba perdon, pero en cuya voz no se comprendia ni la mas leve sombra de arrepentimiento; — yo he sufrido mas que vos aun de todas vuestras angustias, de todas vuestras penas. Pero, ay! yo aborrecia mortalmente á un ser sobre la tierra, le odiaba hasta el punto de comprender que no cabiamos los dos en el mundo y que uno de entrambos habia de cejar y retirarse ante el paso vencedor del otro. Ya comprendereis señora, que quiero hablar de Sancho.

El mismo silencio, la misma inmovilidad por parte de la condesa. Ante ese nombre que otras veces hacia latir apresurado su corazon, ni uno de sus músculos se contrajo.

— Y sabeis porqué le odiaba, porqué le aborrecia á muerte? — continuó Martin á quien parecia dar valor aquel silencio, — Porque.... porque tenia celos!

Y se detuvo pronunciada esta palabra esperando su efecto. Leonor no se mo-

vio. Entonces Martin levantó la cabeza. Empezaba á asustarse de aquel continuado silencio.

—Celos, señora, celos!—añadió con ímpetu.—Ha llegado ya el momento de deciroslo y descubriros el fondo de mi corazón. Yo os amo, Leonor, os amo con toda la firmeza que puede haber en un corazón enérgico como el mio. Hace años que nutro en silencio mi amor hácia vos en el fondo de mi alma como en el fondo de un templo brilla una lámpara solitaria. El amor ha sido el movil de mi vida, de todas sus acciones y.... mirad, queréis que os abra del todo mi pecho, que os deje leer hasta en el último de sus pliegues?... Pues bien, yo fui quien impeli al duque á casarse con vos, yo quien he allanado todos los obstáculos, quien le he aconsejado la reserva y apartamiento que he guardado siempre para con vos, yo en fin quien he acabado con ese pajecillo, niño orgulloso y fatuo que os deshonraba con su amor. Juzgad pues si os amaré, yo que he hecho todo esto! si os amo, yo que he guardado paciente, resignado, que se me presentara la ocasion de arrojarme á vuestros piés y de pedir, señora, una mirada compasiva para el que tanto ha sufrido esperando tanto.

Y Martin arrastrándose de rodillas se acercó á Leonor y besó la orla de su falda. Hacia tiempo en efecto que el mayordomo llevaba á cabo un plan meditado con toda la sangre fria de un alma ruin y baja; tiempo hacia que con la astucia del chacal codiciaba su presa y la tendia mañoso lazo en que, segun él, no podia menos de prenderse. Martin, como todos los hombres que obran con cálculo y con segundos fines, habia tratado de aislar á Leonor para que aborreciera su propia existencia, para que odiara al que era causador de la vida triste y solitaria que pasaba. La escena del subterráneo, segun él, hablaba en su favor. La condesa estaria exasperada, querria vengarse, buscaria todos los medios, acojeria la primer mano de amigo que se le tendiera... Ninguna ocasion pues mas propicia. Martin decidió presentarse y ser franco, franco hasta la impudencia, para que se hallara al menos en el mérito de su franqueza un gaje de fidelidad para el porvenir.

Martin habia calculado todo esto con la balanza del raciocinio, pero no se habia acordado para nada del corazón.

Cuando hubo pronunciado con un fuego que le dejó satisfecho sus últimas palabras, cuando hubo besado el vestido de Leonor, levantó sus ojos y vió á la condesa ponerse en pié, atravesar por delante de él sin mirarle, sin dirigirle la menor palabra, como si no le hubiese visto ni oido; cruzar la estancia, encaminarse á la puerta, descorrer el cerrojo y salir de la habitacion con la lijereza de una ondina y sin ruido como una sombra.

Martin se quedó atónito, asombrado, herido en mitad del corazón por aquel desprecio y silencio. Le parecia tan increíble aquel desenlace, tan contrario sobre todo al que esperaba y se habia imaginado, que estuvo absorto y como fuera de sí un largo espacio. Levantóse por fin y se precipitó hácia la puerta. La condesa no estaba en el corredor.

Recorrió el castillo, indagó, preguntó, registró; nadie habia visto á Leonor. Solo un hombre de armas le dijo que desde una almena le habia parecido ver á una mujer atravesar el patio y dirigirse al puente levadizo. Martin bajó, preguntó al centinela. En efecto, una dama horrorosamente pálida y que al soldado se le figuraba tener cierta semejanza con la condesa, habia salido del castillo.

—Oh! un caballo! pronto! un caballo!—gritó Martin cuyo primer pensamiento fué el de que Leonor habia ido en busca del duque para referirle la escena que acababa de tener lugar entre ambos.

En un momento estuvo pronto el caballo. Martin montó en él y salió á todo escape del castillo dirigiéndose hácia el punto donde se oian resonar lejanos los cuernos de caza.

Al partir de Benavente, el duque siguiendo la indicacion de su montero Jorge, y dominado por un entusiasmo febril de caza, se habia encaminado hácia el Pinar negro. Llegado al umbral con toda su comitiva, mandó hacer alto y enterándose del punto donde la jabalina habia sido vista, tomó sus medidas en consecuencia. Sus tres mejores perros fueron puéstos á disposicion de Jorge y otro picador, que partieron en busca de la pieza, mientras que toda la demás gente quedaba apostada y el de Arévalo esperando, armado de su mejor venablo y rodeado de un grupo de perros que movian impacientes sus colas y que parecian fijar una mirada inteligente en su señor como aguardando la señal.

No tardó Jorge en ir á anunciarle que se habia encontrado la jabalina. El duque entonces se puso en marcha, y llegado al sitio donde las huellas se hundian en el corazón del bosque, colocóse á los perros en el rastro. Toda la jauria se precipitó unida y compacta; ocho minutos despues la jabalina desembocaba furiosa y con el pelo erizado. Al verla el duque, acercó el cuerno á sus labios y dejó oír un vigoroso sonido. Todos los cuernos le contestaron, todos los perros elevaron su voz, y en medio de aquel ruido infernal que hizo retremblar el bosque, el duque seguido de todo su acompañamiento se precipitó impetuosamente tras la jabalina y la jauria.

Por largo rato todo fué maravillosamente y á pedir de boca. La caza se conti-